

MARIO ALONSO, EXPERTO EN FACTOR HUMANO

«Todos nacemos con el talento para cumplir nuestros sueños»

ANTROPOLOGÍA, HUMANISMO Y, POR QUÉ NO, CIENCIA. SI EL MOTOR DE LA EMPRESA ES LA PERSONA, SU ESTUDIO DEBE TRASCENDER LOS PARÁMETROS ESTABLECIDOS POR ÉSTA PARA CONVERTIRSE EN UN VIAJE A LA NATURALEZA DE LA INTELIGENCIA Y LA CREATIVIDAD

LAURA DE CUBAS

A la hora de hablar de talento, como de cualquier aspecto inherente al ser humano, siempre hay varias opciones, y en el caso de la gestión de personas, dos: la cartesiana, que evalúa desde la empresa, y la humanista, que abandona la lógica organizacional para zambullirse en la incorrección numérica de hablar de emoción, motivación y sentimientos. Y es que el talento no tiene por qué ser lineal, como nos han acostumbrado a creer —existen ocho tipos de inteligencia diferentes—, sino que se presenta en mil y una formas que desconocemos. «Todos nacemos con el talento para cumplir nuestros sueños —dice Mario Alonso— porque hay que creer en una naturaleza bondadosa y no en una cruel, que nos dota de ellos y a la vez nos impide lograrlos».

Sin embargo, este médico cirujano miembro de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia y *fellow* (socio) de la Harvard University Medical School, reconoce que no estamos educados en la observación de la esencia de la persona, ya que nos cegamos con el «enjuiciamiento continuo de lo que deberíamos hacer, de lo que deberíamos ser... Un proceso por el que también evaluamos a los demás conforme a lo que pensamos que tendrían que hacer». Este conjunto de creencias nos cierran a cualquier otra posibilidad: «Hay más de ti de lo que conoces. Debes centrar la atención en lo que quieres buscar y no en lo que temes».

Confianza y motivación

Encontrar y desarrollar el talento requiere el gran esfuerzo de «desaprender lo aprendido» y evitar el juicio en el que se nos ha formado. Un esquema preestablecido que nos hace temer el error porque lo asociamos a que no somos capaces, que somos defectuosos —«los grandes talentos de la historia no se preparaban para el éxito, sino para el error, del que aprendían»—.

Superadas estas barreras llega el momento de observar desde la sensación, y no desde el pensamiento, y de desplegar el talento «con la alegría de saber que está ahí, el entusiasmo de

LA OBSERVACIÓN

«El mayor obstáculo para hallar el talento es la creencia continua de lo que deberíamos hacer y ser»

EL ERROR

«Los grandes talentos de la historia no se preparaban para el éxito, sino para el error, del que aprendían»

EL DESARROLLO

«Necesitamos entender que al ser humano no se le puede medir de la misma forma que se mide a una máquina»



Mario Alonso, durante la entrevista en la sede de Infoempleo. / I. MEDINA

LIDERAZGO Y TRABAJO EN EQUIPO

«Se nos ha adiestrado para competir y enjuiciar»

El desarrollo de talento ajeno también es una aventura compleja porque, como comenta Alonso «lo que suele encontrar es resistencia. La idea que nos hemos hecho de nosotros mismos es tan intensa, que no creemos que sea verdad la realidad que otra persona nos pueda plantear. Nos parece inaccesible y genera miedo». Un obstáculo que hay que salvar porque el hecho de intentar encontrar lo mejor de los demás «se convierte en una búsqueda dentro de nosotros mismos».

querer explorar todas sus posibilidades y la serenidad que da disponer de sus recursos». Sólo desde la confianza se puede encontrar el talento y el poder de desarrollarlo plenamente.

Por eso, este experto en personas también habla de un talento diferente cuando trabajamos en equipo: «El oxígeno es fuente de vida y de hidrógeno estaba hecha la atmósfera prigménica, que nos dio origen. Ambos son fundamentales pero juntos forman el agua que es un elemento nuevo. Lo que ocurre es que se nos ha adiestrado para competir y enjuiciar».

Sentir más que pensar. Incluso vivir más que sentir, para llegar al descubrimiento del talento

real. De ahí la necesidad de tomar conciencia de lo que ocurre en cada momento y actuar. «Nuestra mente se siente mucho más cómoda hablando del pasado y del futuro que de lo que está sucediendo —afirma Alonso—. Cuando te das cuenta de algo sabes inmediatamente lo que tienes que hacer. Pensar viene de la mente enjuiciadora que disfruta del ayer y del mañana. Darse cuenta viene de la consciencia, del único momento que existe: el presente», concluye.

La prueba de que «no hay seres humanos torpes, sino con otros talentos», se manifiesta a través de la combinación de la inteligencia y la creatividad. Tal y como confirma Alonso, «la inteligencia nos ayuda a adaptarnos a nuevos entornos y, la creatividad, a visionar nuevas ideas y oportunidades. Ambas facultades se encuentran localizadas en las áreas prefrontales del

rebros». Pero con la materia prima no basta, y para desarrollar el talento se necesita, sobre todo, motivación. Un motor que no se debe someter ni a la moda, ni a la fría evaluación. «Necesitamos entender que al ser humano no se le puede medir de la misma forma en que se mide a una máquina —insiste Alonso—. No podemos aplicar la ley mecanicista de Newton a la naturaleza donde hay paciencia, fe, confianza y persistencia, a partes iguales». Es más, la responsabilidad en el desarrollo del talento tiene también su razón de ser: «Si yo pongo una semilla en la tierra y en ese proceso excavo para intentar ver su evolución, le estoy impidiendo que crezca».

El poder de la emoción

Y si para desplegar nuestro talento es necesario romper con el enjuiciamiento y engrasarlo con la motivación, las emociones se convierten en su nexo de unión, su interruptor. «Son imprescindibles en los procesos que tienen que ver con el talento, ya que la persona que está emocionada e ilusionada es alguien que vive de forma diferente; una que se siente amedrentada rinde de otra manera», afirma.

En estos términos, Alonso habla de la ira, el miedo, la alegría y la tristeza. «La ira es una emoción que nos hace sentirnos fuertes porque evita que estemos en contacto con nuestros miedos y tristezas, que nos hacen sentir vulnerables. Si los seres humanos la reconocemos, si no toda, una parte, es porque tras ella escondemos miedo». Pero, ¿es necesario hacerlo cuando tras él podemos encontrar una oportunidad, un nuevo horizonte? Si no lo conseguimos, aparece la siguiente emoción, la tristeza «de descubrir todo lo que podríamos haber llegado a hacer con nuestra vida y con la de los demás, y que no hemos podido».

Por esta razón hay que evolucionar hacia la alegría de encontrarse con el potencial de aquello que se abre ante nosotros, la posibilidad de influir en uno mismo y en las personas que nos rodean «hasta niveles que nunca imaginamos». Una alegría grande porque sale de nuestra esencia y es el fin del proceso de duelo que muchos no viven porque nadie les ha enseñado: «Las emociones no son buenas ni malas pero cuando las secuestramos se convierten en energías disfuncionales que bloquean nuestra productividad», advierte.

Las emociones son la llave de un talento del que sólo hemos empezado a hablar, que nace de la observación y se desarrolla lejos de cualquier prejuicio. Un potencial que debe ser leído en términos humanos de motivación dentro de una empresa responsable cuyo objetivo es, al igual que su mejor activo, la persona.